





EFECTO TORRIJA

La cara oculta del coaching



Luis M. La Haba

EFECTO TORRIJA
La cara oculta del coaching



Primera edición: diciembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis M. La Haba

ISBN: 978-84-18097-10-2

ISBN digital: 978-84-18097-11-9

Depósito legal: M-37894-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, Manuel La Haba González
y en memoria de Jesús Vázquez Vázquez*



ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO I La buhardilla | 13 |
| CAPÍTULO II El exilio | 17 |
| CAPÍTULO III Descubriendo a Cristóbal Acuña | 27 |
| CAPÍTULO IV Primera sesión | 37 |
| CAPÍTULO V La familia Otero | 53 |
| CAPÍTULO VI Rastreado en la historia | 59 |
| CAPÍTULO VII La cómoda de tres cajones..... | 65 |
| CAPÍTULO VIII Diagnóstico | 69 |
| CAPÍTULO IX Josefina | 87 |
| CAPÍTULO X Reformulación | 91 |
| CAPÍTULO XI Los Antón..... | 97 |
| CAPÍTULO XII Crisis..... | 103 |
| CAPÍTULO XIII Sol y sombras | 113 |
| CAPÍTULO XIV Parzival | 121 |
| CAPÍTULO XV Rocío Vila | 135 |
| CAPÍTULO XVI La pelea | 147 |
| CAPÍTULO XVII Los Forniella..... | 159 |
| CAPÍTULO XVIII Pandora | 167 |
| CAPÍTULO XIX El desfalco | 183 |
| CAPÍTULO XX Desenlace | 189 |



«Con aquella su constante actividad, con aquel mezclarse en las tareas y las diversiones de todos, parecía querer huir de sí mismo, querer huir de su soledad. Le temo a la soledad, repetía».

San Manuel Bueno, mártir

MIGUEL DE UNAMUNO



CAPÍTULO I

La buhardilla

Hace algún tiempo, allá por el mes de julio, en periodo estival y días de intenso calor, tórrido y sofocante, donde los movimientos cotidianos son rebozados en quietud y parsimonia, y la razón es acallada por los colores vivos de la inacción, me acerqué hasta una vieja y señorial casa de indianos cerca de Ribadesella.

Josefina, que actuaba de casera de aquella vetusta mansión, poseía un juego de llaves. Tras debatir ambos sobre mi interés por adentrarme en el corazón del palacete, no sin previa advertencia y regio apercibimiento, había conseguido los favores de la casera. Con dudas y vacilante, tras un confuso silencio, las manos de Josefina me entregaron el instrumento que abriría la puerta a los entresijos de un histriónico y curioso viaje en torno a las vicisitudes de un peculiar, rancio y atormentado directivo, y su tórrido *coach*.

Pero no adelantemos acontecimientos, y vayamos por orden.

Al instante, mi rostro se iluminó por el regocijo que me producía la posesión de las llaves.

Con el botín en mi bolsillo, tomado de las manos de Josefina, me dirigí de inmediato al caserón.

Su estructura, curiosa, poseyendo la mayor parte de los elementos arquitectónicos que toda casa de indianos suele disponer, incluyendo una formidable palmera en el centro de su jardín, tiene aspectos singulares que la hacen diferente. Para empezar, es toda de piedra, de suave color albero, cubierta parcialmente de verde

hiedra, especialmente la cara norte, con tres alturas, en forma de u y orientada al mediodía. Ello le da un aire anglosajón y caribeño a la par. Extraña combinación. Podría ser la morada de un *lord* inglés, regia y sólida, y, al mismo tiempo, la vivienda de un perspicaz terrateniente en los albores de la vieja Habana, construida su fortuna a través del comercio por mar. Toda ella está ubicada en el centro mismo de 12 días de buey y asediada por una portentosa verja negra, de más de dos metros de altura, con idéntica morfología a la que rodea el Parque del Retiro en Madrid. La portilla de la entrada es enorme, ancha, gruesa, de acero forjado, dorada como el oro, sinuosa, serpenteante, ovalada, irregular, propia de cuentos para niños, surrealista, seguro pensada por Dalí. A medida que la empujo, de sus bisagras emerge un prolongado y penetrante chillido, agudo como el zigzag de un florín al cortar el aire, agonizante, capaz de sobrecoger el aliento. En el lado norte de la finca, próximo a la verja, hay varias hileras de voluminosos árboles, todos ellos centenarios. Robles, abetos, hayas y abedules. El resto del terreno, ligeramente inclinado, es llano y cubierto de fina hierba, como delicado tapiz inglés, cuidado con descaro. Desde la lejanía, todo ello, y en especial de noche, otorga una visión de conjunto majestuosa, que acongoja el alma, cautivadora, espectacular, grandiosa, propia de reyes.

Del ala izquierda de la vivienda sale una ancha y hexagonal torre de dos alturas, en cuyo interior, en la segunda planta, se encuentra una buhardilla con una ovalada ventana en la parte central del lado oeste, con vistas al río Sella, por lo que la luz, en su interior, es más intensa y clara en el ocaso que al amanecer, donde todo son sombras.

En el interior de la casa hallé muebles llenos de polvo y años, usados, rayados, de maderas nobles traídas de Oriente, que todavía conservaban el olor a miel de atávicos barnices y tinturas con, aún, capacidad para rasgar los sentidos. Entre cómodas, armarios y librerías emerge un viejo y selecto piano Petrof, de cola de color negro, como el azabache, que mora en el cuerpo central del salón

y masculla entre notas sus más íntimos sentimientos como ningún otro.

Tras deambular por las diferentes plantas de la borgiana vivienda, mi instinto e inconsciencia me condujeron hasta el interior de la buhardilla. Ya en su interior, rebuscando no sé qué mientras perdía el tiempo, me encontré con un rojizo baúl sellado por un viejo y oxidado candado. Interesado, busqué en el sucio y oscuro habitáculo un lugar oculto donde pudiera estar guardada la llave que abriera el camino para saciar mi curiosidad. Pasaba el tiempo y cansado de explorar me senté en el suelo a observar el vaivén de la quietud y la soledad. Arriba, en lo más alto, un punto de intensa luz nacía y cruzaba la habitación. Motas de polvo rodeaban y atravesaban el haz luminoso en un juego de movimientos totalmente caótico. Siguiendo con la vista el devenir de las motas, mis ojos descubrieron, no muy lejos, una disimulada caja de música encima de un roído orejero frente a un gran espejo con la luna resquebrajada. Me dirigí en absoluto silencio hacia el orfebre musical sin intención de alertar a las ánimas perdidas que pudieran encontrarse merodeando por la casa. La cogí entre mis manos. Sentí el frío y áspero metal que la conformaba. Con sumo cuidado la destapé, lentamente, para evitar cualquier desperfecto. Dentro no había bailarina ni música alguna, tan solo una llave. ¡La encontré! Había hallado el camino para saciar mi abigarrada y abracadabrante curiosidad. De manera convulsa y agitada me abalancé sobre el baúl. Con la llave, temblorosa entre los dedos, abrí el candado. Acto seguido, sin pensar y una vez preparado y contenida la respiración, con las dos manos hendí el rojizo baúl con esmerada precisión. En su interior me topé con un puñado de hojas de papel desordenadas. Por su aspecto y añejo, casi rancio, olor intuí que aquellos pliegos eran vetustos. Así las cuartillas con delicadeza, me senté en el roído orejero y comencé a leer.



CAPÍTULO II

El exilio

Mi entrenador personal, Francisco Torralbo, castellano de pro, crudo y recio, amigo de pocos amigos, de amplias espaldas y mirada incómoda, me ha pedido, en esta ocasión, que relate el exilio profesional al que he estado sometido dos años atrás. A veces sospecho que él ha oído el crujir seco de mi alma cuando le contaba, con pasión, los hechos vividos; quizá, por ello, ha insistido en que este periodo de mi pasado reciente debe ser descrito con suave dulzura y cierta ligereza, sin prestar demasiada atención a las fechas ni a los hechos acaecidos. Además, me ha requerido, encarecidamente, que su redacción se ajuste a la estructura clásica de los cuentos, de manera sencilla y lineal, a modo de novela caballerescas. Empecemos pues.

Esta gesta comienza en un lugar y época bien definidos. El lugar es una aldea alta del oriente asturiano. Los hechos transcurrieron a finales de no recuerdo qué año, durante el otoño. Todo resultó magnífico e idílico, bucólico y floral, incluso creí ser coronado rey. Después de todo, era lo que verdaderamente quería. Además, recibí sabios consejos del entrenador personal que acrecentaban la idea de que todo seguía su camino.

—En ocasiones, hablas como un niño pequeño, demasiado centrado en la familia. ¡Caramba!, compórtate como un hombre, erguido, con la cabeza alta y los pies sobre el suelo. Toma distancia de todo. Ten seguridad en ti mismo. No pierdas nunca el sentido de la vergüenza, ¿de qué sirve avergonzarse? Tienes la apariencia y porte para poder ocupar el puesto que anhelas. Remata el último lance, como tú solo sabes hacer, y aprópiate del ansiado cargo. Una vez en la cumbre, no olvides apiadarte de los muchos que sufren privaciones, lucha contra

su pobreza con generosidad y bondad. Sé siempre humilde y obra con mesura. No seas tosco y actúa con justa medida. Aquellos que derrochan su fortuna no manifiestan gallardía, pero tampoco aporta ninguna honra acumular riqueza. No debes preguntar mucho y, en cambio, pensar siempre la respuesta, en todo momento, adecuada al contenido de la pregunta y no a lo que quieren oír. Escucha con atención, mira con detalle, gusta y deléitate con los placeres de la vida y huele la fragancia oculta que reside en el interior de cada hombre, pues eso te hará inteligente. Un último consejo y, quizá, el más importante: combina la compasión con el valor.

Tiempo después, no solo veo que no he alcanzado el trono que pretendía, sino que las tierras que creía poseer me han sido embargadas por no apoquinar aún no sé qué tributos al sumo patriarca y, en contrapartida, se me entrega una misión que se inicia en el extranjero, en los confines del mundo, donde el húmedo frío y la blanquecina soledad amortajan los sueños de los hombres.

Me censuro, y hasta voceo, en agónico silencio. ¡Vaya desfachatez!, ¡estúpidas explicaciones! El punzante aguijón que han clavado en mitad del alma me aflige amarga pesadumbre, áspera e irritante.

Quizá porque en mi rostro agitado se pergeñan asombro e incredulidad, Francisco Torralbo y don Francisco (tanto monta cortar como desatar) me muestran, con boscosas explicaciones, el reto profesional que he de superar para que nadie se vuelva a llevar mi queso. El lance es participar en una cruzada contra mí mismo, llamado por don Francisco entrenamiento personal, a través de un serpenteante camino de regreso a casa para ser definitivamente coronado rey, que, después de todo, vuelvo a decir, era lo que verdaderamente quería. Un difícil trono que debía y quería conquistar se atisbaba al final de la gesta, eso sí, siempre que aceptase tan compleja odisea, el susodicho y plúmbeo proceso de entrenamiento personal sugerido por don Francisco, el magno y grande maestro de la congregación.

Miedo me daba, he de ser sincero y reconocerlo sin tapujos. Mi mente lineal, sencilla y muy de hombre, no era capaz de avizorar el fondo de aquellas complejas glosas. Pero el acorde de los versos, sutilmente enmarañados, que en mis oídos resonaban, se transmutaban en música celestial y, finalmente, y contra mi voluntad animal y primigenia, conseguía atrapar mi atención y alma lujuriosa.

Inicio mi camino, dibujado en un húmedo pergamino de color indefinido donde la tinta había sufrido tantos vaivenes que nada estaba donde parecía estar.

El abismo del paso no era la ausencia del mismo, sino que por el día tenía que descubrir y deshacer lo que, a la noche, con los ojos cerrados y muy dormido, iba tejiendo. Y esto me llevó a dudar de mí, a recordar fantasmas del pasado y perder fe en la misión. Creí ser prisionero del mundo, sin destino alguno, donde fuerzas ocultas conspiraban contra mí, determinando mi comportamiento como el viento a las hojas. Y terminaba apiadándome de mí mismo, sintiendo honda pena por la desgracia que sufría. La valía que a duras penas atesoraba se esfumó. Y la paranoia apareció. Me sentía como un insecto, sentí lo que sintió Kafka cuando escribió La metamorfosis, uno más que va de aquí para allá merced del devenir, a punto de ser aniquilado de la faz de la tierra por un mundo de gigantes sin corazón que luchan a muerte por un pedazo de poder temporal, efímero como la vida misma.

¡Época tormentosa me tocó sufrir! Eso del entrenamiento personal será, no digo que no, la panacea que erradicará todos los males empresariales, pero hay que tener los atributos bien puestos para aguantar la zozobra que produce. Un consejo para aquellos que decidan iniciar ese viaje: leed en el prospecto de la terapia los efectos secundarios.

No se lo aconsejo a los que sufren de vértigo y otros males vestibulares.

Y si su perfil profesional es conservador, entonces olvidelo.

Todas las emociones, apiñadas en el pecho, se destaponaron, y, desde lo más profundo de mis entrañas, emergieron con rabiosa fuerza pidiendo natural justicia, buscando a los responsables de la penitencia que sufría. Insoportable dolor, incomprensión, prepotencia y venganza eran las emociones que más me acunaban. Y eran ellas, cierto es, las que conspiraban. Oía y escuchaba de Francisco Torralbo aquellos cantos alados que me arrastraban a lo más recóndito del torbellino de lo irracional, sin que me pudiera zafar.

Decidí oponerme a las fuerzas de la naturaleza que confabulaban en derredor. Busqué entre libros de caballerías los más sofisticados instrumentos de combate para vociferar al mundo que yo estaba allí. Deseaba aflorar un fornido ego que doblgara las voluntades de los más díscolos. ¡Menudo era yo! Con valor iba a batallar, yo y solo yo, contra los gigantes con aspecto de molino.

Y adquirí recetas milagrosas, unguentos secretos, tediosos rituales de tácticas de combate, estrategias de avance desde la retaguardia con planificaciones minuciosas, escudos de un material más duro que el propio acero forjado de las mismísimas estrellas. Estaba tan pertrechado y preparado que nada podía hacerme fracasar en la supuesta refriega contra mis conspiradores, aquellos otros que, lejos de mí, me odiaban y urdían maléficos ardidés para hundirme en el océano del olvido y la desazón.

No era consciente de que toda aquella rabia interior que conducía mi labor guerrera me condicionaba hasta el punto de que la vista se estrechaba, los oídos se cerraban y mis pasos se mecanizaban. Me había vuelto rígido, arisco y temperamental. Una y otra vez veía gigantes donde solo había molinos. Y una y otra vez arremetía contra muros de piedra que, a cada embestida, se crecían. Batalla tras batalla ni ganaba ni perdía. Batalla tras batalla, todo seguía igual, menos yo, cada vez más cansado, más hastiado, más aburrido, más acongojado.

Tuve que parar durante un tiempo para descansar.

Un año más tarde, pasado septiembre, cuando los días se vuelven pequeños, pensé en volverme anacoreta, pero el reflejo de la realidad me hizo desistir. Tomé la decisión de cambiar de estrategia, dando un giro de 180 grados.

En el ocaso de un largo día, al lado de una antigua abadía, entre frondosos árboles, atisé una pequeña casa de madera de la que salía humo por su chimenea. Me acerqué, entre un mar de dudas, y conocí a su inquilino. Los lugareños le llamaban el ermitaño. Tan pronto me vio, me dijo:

—¿Por qué sufres con tanto dolor?

Y contesté:

—Porque me acecha una confabulación con intención de impedirme que alcance el puesto de trabajo que deseo, en lo más alto del organigrama.

El ermitaño me preguntó:

—¿Qué confabulación?

Durante un instante pensé que aquel minúsculo ser era un emisario del enemigo disfrazado y observé sus ropas, sus movimientos, sus palabras. Me alejé unos pasos para coger perspectiva. Tras una instintiva sacudida que embistió con seca firmeza mi espina dorsal, decidí tomar ciertas cautelas, no fuese que me embaucase, apropiándose de mi bolsa de plata.

Sentado uno al lado del otro, hablamos durante toda la noche. Me contó historias de verdaderas conspiraciones, esculpidas con el pasar del tiempo por oscuras pasiones. Me explicó la naturaleza de la gran traición, la que se viste de virtud y lealtad aparente. Más tarde, pasamos revista a todo lo que me había sucedido. Finalmente, de un rojizo y oxidado baúl, sacó un antiguo pergamino donde se señalaban las estrategias de reconquista más eficaces utilizadas durante las cruzadas. Tras una revisión del aquel vetusto escrito me dijo:

—Has de volver al inicio. Sé lo que te digo. Debes volver atrás, al principio del exilio y allí, cogiendo altura, debes otear un estrecho, bosco y casi invisible camino. Una vez lo encuentres, síguelo a través de un exuberante bosque próximo al ruidoso vaivén del río que lo atraviesa. Tan pronto hayas reconocido la dualidad del claro oscuro que dibuja el paso, a su final, déjalo y adéntrate a lo largo de un desfiladero angosto y rocoso. Dice la tradición que ese desfiladero fue creado en la noche del primer día y que por eso es tan salvaje como peligroso, porque ni siquiera las bestias habían sido ideadas. Dicen los entendidos que ese desfiladero es la génesis de la energía en estado puro que el mundo consume en su devenir. Pues bien, cuando pases por allí y vuelvas a recordar tu propia historia no pierdas detalle, observa con cuidado todo lo que acontece. Pon en marcha todos los sentidos. Al final del trayecto hay un extenso y verde valle rodeado por un ancho río. Toma un día para descansar y observa qué es lo que hay por allí. Mira a tu alrededor con intención de buscar. Toma nota de todo ello. Te será de utilidad.

En mi cabeza, tan inusitadas palabras causaban un desproporcionado estruendo, casi catastrófico. No hay mente humana capaz de componer aquel galimatías de ideas y conceptos. Lo confieso, no había entendido nada. Es seguro, soy corto de cabeza, quizá palurdo y un tanto patán. Prueba no superada.

A la mañana siguiente, con los ojos abiertos como platos, preso de estupor, inicié el recorrido que me había descrito el enrevesado ermitaño. Con más o menos dificultad fui sorteando todas las etapas que me había reseñado tan singular figura. Algún que otro moratón, cuando no cardenal, se dibujaba en mi piel arisca y desnuda, fruto del desconcierto que aquel siniestro ser me había producido. Finalmente, llegué al extenso y verde valle que el extraño hombrecillo me había señalado. Me senté en el verde manto de la tierra y me quedé quieto, con la mente vacía de pensamientos y observé, tal y como me

había encomendado el mismo diablo. Estaba cansado y empezaba a aborrecer sus palabras jerigonzas y plúmbeo discurso.

En ese momento, advertí campesinos y pastores que hablaban entre ellos de temas frugales para mí, importantes para ellos, supongo, sin mayor transcendencia, o eso creo, cuando se cruzaban en el camino. Lleno de curiosidad comencé a conversar con alguno de ellos, a preguntar, intentando buscar algo de compañía, procurando hallar pistas para encontrar migajas de la vacuidad. Pero, en modo alguno, mi mundana conciencia fue capaz de apercebir señales divinas o contenidos exotéricos, como había vaticinado el pequeño Yoda. No sé si el olor a estiércol o la putrefacción de las varas de la yerba seca estaban enmascarando aquella cosa que, todavía hoy no sé de qué se trataba, debía hallar. Tan ensimismado estaba en mis elucubraciones que terminé con los dos pies metidos hasta las rodillas en un estercolero fresco frente a un estrecho y largo abrevadero, agolpado de becerras y vaquillas. Un olor repugnante brotó de entre mis pies y serpenteó hasta llegar al epicentro de mis emociones, ubicadas en el sistema límbico. De esto aún me acuerdo. Una arcada emergió de mis tripas vacías que, acompañada de un espasmódico temblequeo y sudor frío, me provocó un profundo vahído; encontrándome, a continuación, con mis nalgas en medio de la mierda.

«Más abajo no se puede caer», me dije. «Mira que soy zafio y cateto. Es claro que no están hechas las margaritas para la boca del cerdo».

Seguidamente, una tromba de agua cayó sobre la maldita pradera que me había descrito con precisión el mismísimo diablo convertido en consejero profesional y, cómo no, también sobre mí.

Al anochecer, calado hasta los huesos, tiritando de frío y con un olor inmundado, de modo que ni las moscas se me acercaban, me quedé totalmente solo.

A lo lejos discerní una palloza y hacia ella me dirigí. La voluminosa mochila negra que llevaba a la espalda empezaba a pesar un quintal. Aun con eso y con todo, conseguí alcanzar la meta. Era una palloza pequeña, bastante deteriorada. Entorné la apolillada puerta y me deslicé con sigilo dentro del habitáculo. Había paja y leña seca. Con ello preparé un generoso fuego para calentarme. Me desprendí de la mochila y la ropa y, con el mismo atuendo con el que vine al mundo, me quedé absorto en ninguna parte mirando la magia de las llamas, intentado recobrar el equilibrio y la serenidad. La rabia, cólera



y dolor que había sentido durante la travesía se fueron yendo al tiempo que la ropa se deshumedecía.

A la mañana siguiente, continué con mi camino, y, coronada una elevada cordillera, me volví a topar con el susodicho ermitaño. ¡Qué desazón me produjo el encuentro! El corazón se acongojó. Me daba mala espina aquel apesadumbrado ser. Probablemente era septiembre u octubre de no recuerdo qué año. Le conté mi experiencia y me dijo:

—Ya has dejado de ser un niño y estás preparado para abordar el final del camino. Pero, ¡cuidado!, porque este desenlace es peligroso, arriesgado, nocivo e incluso mortífero, y está repleto de lunas resquebrajadas que confunden la realidad con la fantasía. Estate muy atento. Te voy a dar unos consejos para que lo superes con maestría. Piensa en qué y cómo eres, en qué buscas y por qué lo buscas, si primero eres tú o son los presentes que siempre han estado ausentes. Y cuando empieces a contestar a cada una de estas cuestiones no te olvides del contenido de tu mochila, porque si respondes a todas estas preguntas sin escuchar a tu zurrón, como hasta ahora, entonces, para hacerse notar, se hará exorbitante y te impedirá el paso final. Escucha a la mochila y dale espacio. Pero, por supuesto, esos presentes que siempre han estado ausentes deben tener, también, su propio hueco en tu camino. No te olvides, conjuga y combina, integra y negocia. No hay otra vía. Debes avanzar en compañía por caminos de gloria compartida antes que poseer el bastón de mando de una legión en decadencia. No podemos detener el movimiento para gobernar la quietud. El buen líder nace de facilitar armonía y relajar la tensión inherente al crecimiento. Los reinos se crean construyendo, no destruyendo. Si deseas edificar una colosal morada en la que quepamos los presentes y sus macutos, donde todos convivan con sus cosas y sus temas, con sus glorias y sus miserias, donde departamos y lleguemos a acuerdos, debes ponerte al servicio de los presentes y, a medida que más intensamente trabajes con lo ajeno, más se acallará la prepotencia que habita en lo más hondo de tu mochila. Pero ¡ajo! con los mesiánicos profetas, conocedores de la verdad absoluta, que emanan del lado más oscuro de tu zurrón. Allí se encuentra la falsa autoestima, el ser querido que tanto te gusta, la hoguera de las vanidades que de cuando en cuando se te acerca y acuna, embelesa y engaña. Porque si solo oyes esta bonita sonata, la otra parte de la mochila, la ambiciosa, se te enfada y encierra en un cruce



de tensiones que te apresa y confunde, nubla la vista y adormece los sentidos, haciéndote ver gigantes donde solo hay molinos. Este es el gran peligro de no escuchar las fuerzas internas que emanan de lo más hondo del morral, vivir una y otra vez conspiraciones y sufrimiento donde nada hay, haciendo ausentes a los presentes. Pero en esta ocasión, conocedor de los engaños de ti mismo, has de explicitar tus emociones y sentimientos, tus ambiciones y anhelos, como paso previo para construir un gran reino.

A continuación, me leyó un trozo de una engrosada odisea, relativa a un caballero en busca del santo grial, Parzival, observando, según su docto criterio, importantes analogías entre ambas historias, la de Parzival y la mía.

No daba crédito a sus palabras. No solo no entendía nada, sino que consiguió, con su discurso, hacerme sentir garrulo y provinciano. Mientras asentía con la cabeza, como disciplinado feligrés, me voceaba en silencio lo muy necio que resultaba, incapaz de discernir luz alguna en los eruditos enunciados del pequeño Yoda que me adoctrinaba.

Tan embrollado predicamento, en especial aquello de los presentes que han estado ausentes, me tenía desbocado, erizado más bien. Si la disertación me resultó insólita, para qué hablar de la ausencia que desaparecía. ¿O se referiría a la desaparición que se ausentaba? La verdad es que no sé qué creer. ¡Verdadera locura!, ¡ambigua homilía! Resultaban tan inciertos sus versos que me era imposible un mínimo de raciocinio. Y digo bien, versos, porque este hombre no hablaba, recitaba poesía, o eso, al menos, debía pensar él. ¡Pobre diablo!

Quizás extenuado por su letrada locución se quedó dormido sobre una fétida y gruesa manta gris que tenía apoyada sobre el suelo. Quizá por su postura, decúbito supino, roncaba como un león. Por ello, era el momento de irme para no volver. Con extremada atención y sin apenas hacer ruido, aunque ahora que lo pienso no resultaba necesario, dada la tormenta que rugía desde lo más hondo de su garganta, cogí la mochila y partí hacia un lugar corriente y común, el que fuera. En ese momento la elección del camino correcto no se hallaba en la parte superior de mi lista de tareas pendientes.

Ya estaba próximo el regreso a mi tierra natal y ocupar el puesto directivo que con tanta pasión anhelaba. No tengo claro si había sorteado con éxito las pruebas sembradas. Con todo, las vivencias al lado del pequeño Yoda, insípido e insoportable, creo que me daba derecho a reclamar lo que consideraba mío por

natural justicia. Era lo mínimo que podía reivindicar. ¿Qué otro ser, humano, por supuesto, habría aguantado las plúmbeas homilias del mismísimo diablo?